

exclusiva

HERMINIO DA PALMA HABLA

Secuestró aviones, cruzó clandestinamente fronteras, asaltó bancos, se fugó de cárceles...

El jefe de la L. U. A. R. portuguesa vive peligrosamente, pero no es un aventurero.

Detrás de cada uno de sus movimientos se descubre el impulso humanista.

HERMINIO da Palma Inacio, líder de la L. U. A. R. (Liga de Unidad y Acción Revolucionaria), es uno de esos personajes que lograron salir del anonimato para entrar en el campo de la leyenda. Aunque apenas salga en la prensa, su nombre tiene para los portugueses el mismo significado que para los campesinos sudamericanos la figura legendaria del guerrillero que actúa en las montañas en condiciones adversas.

Aparece por vez primera en letra impresa en los panfletos distribuidos profusamente por todo Portugal explicando el fantástico «Golpe de Sintra», en el cual veintiocho aviones fueron destruidos en tierra en una de las más importantes bases aéreas portuguesas. Se trataba de evitar que esa fuerza participase contra la revolución. Corría el año 1947.

Su nombre cayó después en el olvido. Pero no para las autoridades portuguesas, que pedían su extradición una y otra vez, siempre con resultados negativos. En 1961, Da Palma Inacio desvía un avión de la T.A.P., que volaba entre Casablanca y Lisboa, para sobrevolar las principales ciudades portuguesas y lanzar mensajes políticos a los electores, que entonces se preparaban para elegir diputados. En nombre de la Oposición Unificada, Da Palma pedía la abstención. Su acto de piratería aérea, con un marcado fondo político, era prácticamente inédito en la historia de la aviación civil.

Vuelve de nuevo a la oscuridad durante años, aunque todo el mundo sabía que Da Palma Inacio ya era el brazo derecho del general Humberto Delgado. A partir del momento en que ambos deciden transformar el Movimiento Nacional Independiente en la L. U. A. R., Palma Inacio, que no es un ideólogo en la verdadera acepción de la palabra, que no es una fábrica de golpes de estado, según sus propias declaraciones; que puede conjugar perfectamente los duros entrenamientos de la guerrilla con la música clásica y con su admiración por las flores, pasa a ser el centro de todas las atenciones. No sólo de los portugueses que comulgan con sus ideas, sino también con la admiración de sus adversarios políticos. Cada vez que Da Palma se fugaba de una cár-

cel política, a pesar de que el hecho siempre haya estado rodeado del más completo silencio oficial, su nombre y su audacia llenaban las tertulias. Muy pocos conocen físicamente al jefe supremo de la L. U. A. R. Tal vez esto haya contribuido a permitirle pasar clandestinamente la frontera tantas y tantas veces. Siempre con documentación falsa. Para los agentes de la desaparecida P. I. D. E. (Policía Política Portuguesa), Da Palma Inacio es una verdadera obsesión.

En esta entrevista, Da Palma Inacio cuenta todas estas cosas y muchas más. Por ejemplo, el asalto al banco oficial de Figueira da Foz, de donde se llevó un millón de dólares; su intento de crear una zona libre dentro del territorio portugués, que fracasó en agosto del año pasado; la huida de la prisión de Oporto, etcétera. Asimismo, el líder de la L. U. A. R. se define políticamente.

de Algarve. Estoy soltero. Creo que un revolucionario no debe estar casado, para tener más amplia libertad de movimientos. Mis padres han muerto. Pertenecían a la clase media. Mi padre también era un idealista y de él aprendí muchas cosas. El resto de mi familia, por supuesto, vive fuera de Portugal.

Tras permanecer seis meses, de junio a noviembre últimos, en la prisión de Carabanchel, la Sección Quinta de la Audiencia Provincial de Madrid decretó su libertad, no accediendo a la petición de extradición que había sido formulada por el Gobierno portugués. Los tribunales españoles han obrado así después de haberse probado que sus delitos son exclusivamente políticos.

Cuando Da Palma Inacio entraba en la sala donde iba a celebrarse el juicio, esposado y en compañía de dos guardias, era todo un jefe guerrillero. Alto, fuerte, energético, de complexión atlética, impecablemente rasurado. En otras circunstancias bien podría pasar por un «play-boy». Su mirada es serena y sus ojos inspiran confianza. Sin embargo, todo él es un auténtico detector de peligros. He ahí el fruto de una vida accidentada, constantemente perseguido por la policía portuguesa y, en definitiva, con un riesgo permanente para su seguridad personal.

—¿Cómo empezó todo?

—Cuando yo tenía catorce años ocurre un hecho excepcional en mi vida. Un amigo de mi familia es detenido por la policía política porque llevaba un panfleto en el bolsillo. Como me impresionó muchísimo, pregunté en seguida a mi padre por qué le habían detenido. Me respondió que era la consecuencia de una denuncia particular. Dos años después, ese hombre volvió de la cárcel y me dijo que el panfleto no le pertenecía, que alguien se lo había metido en el bolsillo. A partir de ese momento, las palabras chivatazo, policía política y cárcel dominaron mi pensamiento.

EL «GOLPE DE SINTRA»



Dice que el chivatazo es la más humillante y la más despreciable de las debilidades humanas. En la cárcel iba a estar ocho veces a partir de entonces. Y a la policía política iba a tener ocasión de conocerla en 1945, año en que fue detenido por primera vez.

—Estuve un mes encerrado en la cárcel de Aljube (Lisboa). Allí sufrí la tortura de la estatua, que consiste en estar inmóvil, de pie, durante horas y horas.

En 1947 lleva a cabo el espectacular «Golpe de Sintra». Es la primera vez que participa en un movimiento revolucionario. Inutilizó veintiocho aviones de la base aérea de Sintra, la única que no estaba a favor de la revolución en que se había enrolado. Pero ese movimiento fracasó. Da Palma Inacio fue detenido y llevado de nuevo a la cárcel de Aljube, donde permaneció por espacio de nueve meses.

—Me fugué de la cárcel y seguí en Portugal, pero constantemente perseguido. Llegó un momento en el que era imposible seguir viviendo en aquellas condiciones. Así que me marché temporalmente al extranjero. Estuve sucesivamente en Marruecos, Francia y los Estados Unidos. En mil novecien-

PRIMEROS PASOS



—Me llamo Herminio da Palma Inacio y tengo cuarenta y siete años. Nací en un pueblecito del sur de Portugal. En la provincia



**Entrevista
de
ANTONIO
CASADO**

tos cincuenta y cinco el Gobierno portugués pide la extradición al norteamericano. La solicitud fue denegada, pero me fue pedido que abandonase el país en el plazo de treinta días. Entonces me fui a Brasil, donde permanecí hasta mil novecientos cincuenta y ocho, año en que regresé a Portugal.

En los Estados Unidos había trabajado como instructor de pilotos. En Brasil, como directivo de una compañía de aviación civil (él alcanzó el grado de teniente en las Fuerzas Aéreas Portuguesas). Durante los últimos años que pasa en Brasil prepara un golpe de estado con Humberto Delgado, aprovechando el momento electoral de Portugal en 1958. Pero las cosas no sucedieron como ellos pensaban. Entonces regresa a Brasil, en compañía de Humberto Delgado, cuya vida ya estaba en peligro. Como adjunto y brazo derecho del general continúa hasta 1961, en que piensan repetir la fracasada operación de 1958.

**EL SECUESTRO
DE LA T. A. P.**



En esta ocasión también piensan aprovechar las elecciones (para diputados) que iban a celebrarse. El primer golpe de efec-.....

to, dirigido personalmente por Da Palma Inacio, consiste en secuestrar un avión de la T. A. P. en pleno vuelo regular de Casablanca a Lisboa. El hecho ocurre a mediados de 1961.

—¿Cómo lo hizo usted?

—*Éramos cuatro personas que subimos en Casablanca, como pasajeros normales. Uno de nosotros tuvo que hacer el viaje en primera clase porque no lo había en la clase turística. Íbamos bien preparados con armas y panfletos. Cuando empezamos a sobrevolar territorio portugués entré en la cabina del comandante, pistola en mano, y le comuniqué mis propósitos. La primera reacción fue de sorpresa. El comandante era un antiguo camarada mío de las Fuerzas Aéreas.*

La conversación que se desarrolló dentro de la cabina fue más o menos ésta:

«¡Hombre, Da Palma! ¿Pero tú qué haces aquí?». «Lo siento. Ahora no soy Da Palma. Soy el jefe de un comando revolucionario que desde este momento toma el control del aparato» (Entonces entraba un compañero de Da Palma en la cabina. Los otros dos llevaban a cabo su cometido entre el pasaje.) «¿Y qué es lo que pretendes?». «Vamos a sobrevolar Lisboa. Después, Leira y Oporto, para volver a Tánger, donde os devolveremos el aparato». «¡Pero, qué dices!... Para todo esto no hay gasolina». (El propio Da Palma consultó entonces el cuadro de instrumentos y comprobó que su antiguo camarada mentía.) «¿Preferies que pilote yo —dijo Da Palma Inacio— o continúas tú?». «Está bien. Seguiré yo». «Entonces no se te ocurra comunicar nada por radio. Obedece mis órdenes y todo irá bien».

Hicieron el recorrido tal y como estaba previsto. Arrojaron sus pasquines sobre las tres ciudades y regresaron a Tánger, donde eran esperados por el ya famoso Henrique Galvao, que había secuestrado en plena travesía el barco «Santa Maria». El avión quedó a disposición de las autoridades marroquíes, lo mismo que los cuatro secuestradores. Da Palma, Galvao y los demás se reunieron luego con Humberto Delgado en Rabat. Una vez más, el Gobierno portugués pidió la extradición de Da Palma Inacio y, una vez más, fue denegada; en esta ocasión por el Gobierno marroquí.

Delgado, Galvao y Da Palma se dirigen entonces a Senegal, donde también es solicitada y denegada la extradición. Más tarde, a Brasil, donde fundan la L. U. A. R. (en portugués, la palabra «luar» significa luz de luna). Corrían los últimos meses de 1961. Nueva petición y nueva negativa de extra-

dición. Revuelo en Brasil y vuelta a Portugal.

El último día del año, con Humberto Delgado en Portugal, Da Palma Inacio da un golpe de mano contra un cuartel militar de Beja. Pero fracasa en su intento de ocupación. Retorno a Brasil, donde Da Palma permanecerá hasta 1966, año en que vuelve a Europa con otros miembros de la organización. No piensan volver a América. Aúnan esfuerzos y proyectan algo sonado. Necesitan dinero, mucho dinero, para financiar la revolución que planean. Así se pone en marcha la «Operación Mondego». Objetivo: un millón de dólares.

Estamos a comienzos de 1968.

«ASI VACIE EL BANCO DE FIGUEIRA»



—¿En cuánto cifraron ustedes esa cantidad?

—*Habíamos fijado el tope mínimo de un millón de dólares para financiar las actividades. Por menos dinero no hubiese valido la pena arriesgarse.*

Durante los meses de marzo y abril de 1968, Da Palma Inacio y sus compañeros de la L. U. A. R. celebran sucesivas reuniones para ir perfilando los detalles fundamentales del asalto a un banco. Cuando esos detalles están maduros en su pensamiento, se plantea la más difícil cuestión: «Sí, asaltar un banco, ¿pero cuál?».

—*Lo decidimos a últimos de abril. Escogimos la sucursal que el Banco de Portugal tiene en Figueira da Foz, porque reunía las mejores condiciones. No solamente por lo que se refiere a su situación, a efectos del golpe, sino*

también porque albergaba en su caja fuerte el millón de dólares que necesitábamos. Bueno... había algo más. Naturalmente, nos aseguramos con anterioridad de que existían esos fondos y estudiamos escrupulosamente todos los detalles del asalto.

La «Operación Mondego» estaba en marcha. Ellos la denominaron también «Operación Recuperación de Fondos».

—*Era lógico que fuese el propio Gobierno y el propio Estado el que financiara la revolución. No quisimos que fuera una banca particular para no lesionar intereses privados.*

La operación ya tenía día y hora: 17 de mayo de 1968. Comenzaría a las cuatro menos diez de la tarde; exactamente diez minutos antes de cerrarse el establecimiento bancario. Da Palma Inacio y otros tres compañeros entrarían en el banco. El resto del comando actuaría en la calle para cubrir la operación: coches, retirada, corte de comunicaciones, salida del país, etcétera. Unas horas más tarde, el grupo, dirigido por Da Palma Inacio, estaba fuera del país con algo más de un millón de dólares en sacas especiales. Al día siguiente todo Portugal comentaba el fabuloso golpe de mano perpetrado limpiamente, sin tiros, sin estridencias y a la luz del día.

—¿Se lo llevaron ustedes todo?

—*Absolutamente todo. Bueno, con la excepción de cien mil escudos (unas doscientas cuarenta y cinco mil pesetas) pertenecientes a un cliente aterrorizado que había ido a colocar su dinero en el banco.*

—¿Cómo fue?

—*Este señor llegó a la ventanilla y se encontró al funcionario encañonado por una pistola. Miró hacia atrás y comprendió en seguida la situación. No quiero decirle lo que se asustó y lo nervioso que se puso. Yo me acerqué a él y traté de explicarle serenamente que no éramos atracadores. Que no íbamos por su dinero ni por el de los demás clientes, sino por el dinero del Estado. Le tranquilicé al decirle que, por supuesto, podía quedarse con sus escudos.*

—*Cuénteme los detalles anteriores.*

—*Bien. Habíamos escogido las quince cincuenta como hora cero. En ese preciso instante cuatro personas normales fuimos entrando sucesivamente en el establecimiento: uno se dirigió a la ventanilla para imponer dinero; otro fue a pedir unos informes; otro, a cambiar moneda extranjera, y otro se quedó en la puerta para impedir que alguien saliera. Simultáneamente, otros com-*

pañeros nuestros cortaban las comunicaciones telegráficas y telefónicas de Figueira con Coimbra, única línea de comunicación con el resto del país. Figueira da Foz quedaba así completamente aislada con el resto de Portugal.

De vez en cuando, Da Palma se toma un respiro. Habla lentamente, en un portugués limpio que trasciende de la propia pulcritud de su figura. Uno vuelve a pensar que su imagen rompe el tópico de guerrillero. Pero sólo por lo que se refiere a su aspecto físico. En lo demás, reúne todas las características. Porque la verdad es que un hombre que no sucumbe a la tentación de un millón de dólares, libres de impuestos, sin tener que dar cuenta a nadie de su destino, y regresa a la lucha, tiene mucho de aventurero, de romántico, de idealista y de sincero en sus convicciones.

Da Palma sigue acariciando su inseparable pipa. Rostro bronceado, patillas plateadas por esas canas nacientes del hombre que se acerca a los cincuenta, ojos oscuros, pero transparentes. Acaba de contestar una llamada que le hacen desde París. Vuelve a su relato.

—*Decía usted que uno de los cuatro se quedó en la puerta para no dejar salir a nadie. ¿Y los que entraban?*

—*Sí, naturalmente que permitíamos entrar a los clientes que iban llegando. En el espacio de los diez minutos que faltaban para cerrarse el banco entraron cuatro personas. Una de ellas fue el señor de los cien mil escudos.*

—¿Y qué hacía usted mientras tanto?

—*Yo me fui al despacho del director. Le encañoné con la pistola y le expliqué de qué se trataba. Le dije que era un atraco político y que pensábamos vaciar la caja fuerte. Entonces él se echó a reír y dijo que eso era imposible, porque la caja solamente se podía abrir con dos llaves. Una, efectivamente, la tenía él; pero la otra estaba en posesión del otro director, que estaba fuera. (Supimos que había ido a hacer una gestión a casa de un notario y que tendría que venir antes de las seis de la tarde, hora en que el establecimiento quedaba vacío de personal.)*

—¿Pensó entonces que las cosas iban a desbaratarse?

—*En absoluto. Pensé que aquello podía ser una contrariedad, pero en ningún momento me puse nervioso. Le dije al director que muy bien, que esperaríamos lo que hiciese falta al regreso del otro director. A todo esto, piense usted que ya estaban bajadas las persianas del establecimiento*

HABLA HERMINIO DA PALMA

y totalmente controlados los empleados y los cuatro clientes.

—¿Tardó mucho en llegar el señor que poseía la segunda llave?

—Menos de lo que esperábamos. A la media hora ya estaba allí. Lo demás puede imaginárselo. Abrimos la caja fuerte, sacamos todo el dinero que había y fuimos metiéndolo en sacas especiales que llevábamos preparadas. Luego, encerramos a todo el mundo dentro de la caja fuerte (unos quince empleados, los cuatro clientes y los dos directores). Les dijimos que no intentasen pedir socorro hasta que no pasaran dos horas, ya que durante ese tiempo estarían vigilados de forma que ellos no conocían.

una contrariedad, porque no podíamos perder más tiempo. Pero nosotros también somos seres humanos. Yo me sentí conmovido y ordené que la desataran para que hiciera todo eso. Incluso la ayudamos nosotros mismos. Cuando hubo terminado, la volvimos a atar, pero le dejamos las manos libres y la cuna al lado para que pudiera seguir atendiendo a su bebé. En fin, que pensábamos haber tardado quince o a lo sumo veinte minutos, y estuvimos allí hora y media. Ya puede usted figurarse lo nerviosa que estaba la mujer.

A las cinco personas les advirtieron igualmente que no tratasen de pedir auxilio durante las dos horas siguientes, que sería el tiempo que tardarían en echar los panfletos sobre Lisboa. (Puntualiza Da Palma que esto fue lo que les dijeron a los funcionarios de la base.) Además les dijeron que estarían vigilados por un hombre armado, lo cual no era cierto. Despegaron. Volaron a muy baja altura hasta Algarve («Íbamos casi rozando los árboles, para evitar ser detectados por el radar»). A partir de este momento, Da Palma Inácio no da más detalles; ni del lugar del aterrizaje en un punto de Portugal, ni de la forma que utilizaron para salir del país. Sólo añade que un coche les esperaba para huir con el dinero.

lo todo y regresar al país para continuar la lucha. En junio del sesenta y ocho volví a Portugal con unos sesenta hombres dotados de armamento modernísimo. También llevábamos preparada una cinta magnetofónica en la que explicábamos el destino del dinero que habíamos tomado del banco de Figueira. Pensábamos ocupar una emisora de radio y emitir la cinta para que la escuchase todo el país. De todas formas, poco después de cometerse el asalto ya había sido distribuido un panfleto en el que se comunicaba al país la creación de una comisión financiera que se encargaría de controlar rigurosamente todos los gastos.

Es el verano de 1968. Piensan ocupar un lugar como base de operaciones. Se deciden por Covilha, zona industrial en la que reside mucha gente de la oposición. Además, es un sector montañoso que se presta para encubrir más o menos la plataforma de sus actividades y está cerca de Guarda, cabeza de una zona militarizada.

—Desde allí pensábamos hablar al pueblo. Proyectábamos incluso ocupar la ciudad de Covilha y dominar a las fuerzas armadas. Contábamos con todos los servicios necesarios para constituirnos en zona libre y aislada del resto del país. Una vez que hubiésemos consolidado la situación, el primer paso era crear un Gobierno revolucionario.

Pero esta vez las cosas no iban a ir tan bien como esperaban Da Palma y sus sesenta. Sin dar demasiados detalles, me cuenta que todo se desbarató en un principio, cuando uno de sus miembros sufrió un accidente con un coche que llevaba un cargamento «comprometedor». El coche fue capturado y un cúmulo de pruebas se volvieron contra los propósitos del grupo. A raíz de aquello, Da Palma Inácio fue detenido en Lisboa.

—En Lisboa fui interrogado durante diez días y diez noches consecutivamente, sin interrupción. Las declaraciones que de mí conseguieron fueron las mismas que en anteriores ocasiones; es decir, absolutamente ninguna. No es que mintiese con datos falsos o cosas por el estilo. Sencillamente, me limité a no decir nada.

Permaneció en prisión durante nueve meses. Desde agosto de 1968 hasta mayo del 69. Entonces fue trasladado a Oporto, a cuya jurisdicción pertenece la zona de Covilha, para someterle a juicio. La acusación que se le imputaba era la de actividades subversivas. Estaba previsto que la sentencia fuese pronunciada el día 8 de mayo.

—Pero lo lógico es que le hubieran juzgado a usted antes por

lo del banco que por lo de la revuelta.

—Efectivamente. Durante los nueve meses de prisión en Lisboa, fijaron el juicio por lo de la banca en dos ocasiones. Pero las dos veces tuvieron que aplazarlo porque la cárcel de Figueira, donde tenía que celebrarse el juicio, no reunía las suficientes condiciones de seguridad para mí. Así que se celebró el juicio de Oporto, por lo de la revuelta. E inmediatamente pensaban celebrar en Coimbra —no en Figueira, por lo de las seguridades— el otro juicio, el de la banca.

Y ahí sonó la hora de Da Palma Inácio. Las mismas precauciones que se habían tomado para trasladarlo de Lisboa a Oporto estaban preparadas para trasladarle de Oporto a Coimbra. Comenta Da Palma humorísticamente que no sólo había guardias vigilándole a él directamente, sino que también había guardias vigilando a los otros guardias.

—Esto creo que lo hicieron porque una vez me acerqué a uno de mis vigilantes, que estaba rellenando una quiniela, y le ofrecí más dinero del que podía ganar con el boleto si colaboraba en mi huida. Por lo visto, al enterarse, no quisieron correr el riesgo de que un vigilante aceptase una oferta como ésta.

Y, al terminar de contarle, Da Palma Inácio se ríe con ganas, abriendo mucho la boca y dejando ver sus cuidadísimos dientes. Una carcajada larga, sonora, casi provocativa. Después me dice que se escapó, al fin, cuando iba a hacerse su traslado desde Oporto a Coimbra. Al escaparse, hubo que aplazar de nuevo el juicio por lo de la banca. Se fue a Argelia, donde se le concede asilo político, tramitando los documentos en España. Y es precisamente en España donde vuelve a ser detenido. Esta vez quedó a disposición de las autoridades judiciales españolas en espera del juicio que decidiera si la extradición pedida por el Gobierno portugués sería o no concedida. El resultado ya es conocido. Da Palma Inácio está de nuevo en libertad, tras cinco meses de prisión en Carabanchel, donde, según sus propias declaraciones a la prensa española, «se le ha tratado mejor que en ninguna parte».

—La verdad es que el Gobierno portugués estaba convencido de que la extradición sería concedida. Por eso las autoridades de mi país fijaron para el próximo cinco de diciembre el juicio por lo del banco.

—¿Y qué pasará ahora?

—Ah, no sé. Pueden celebrar el juicio si quieren. Pero conmigo, desde luego, que no cuenten.

UN BEBE INOPORTUNO



Tranquilamente fueron sacando las sacas del establecimiento hasta un coche que les esperaba en el exterior. Por carretera partieron hacia un pequeño campo de aviación en las cercanías de Coimbra. Es una base de la Dirección General de Aeronáutica Civil dotada de algunas avionetas. Allí había cinco personas. Cuatro hombres y la mujer de uno de ellos, de un mecánico.

—En principio les dijimos que queríamos alquilar una avioneta para volar a Lisboa; pero al poco rato, cuando ya tuvimos dominada la situación, les explicamos de qué se trataba y atamos a los cinco. La mujer, entonces, comenzó a llorar y a decir que su bebé no podía quedarse solo. Dijo que tenía que darle de comer, cambiarle de ropa, lavarle y prepararle la cuna. Aquello sí que era

UN REDUCTO DENTRO DE PORTUGAL



—El millón de dólares, como ya he dicho, estaba destinado a obtener armamento, plásticos, radios, municiones y todo lo necesario. Para ello nos fuimos al extranjero con ánimo de preparar

BERTA, TE PRESENTO A UN VIEJO COMPAÑERO DE LA GUERRA, EL AYUDANTE FOUILLOUX



ALBERTO, MI HIJO MAYOR



MI HIJA AGNÈS



RITON, EL BENJAMÍN DE LA FAMILIA



Y AQUÍ BLACK



BOSC



SUS IDEAS



Pero, ¿qué piensa este hombre?, ¿por qué hace todo esto?, ¿qué ideología política profesa?, ¿cuál es el soporte ideológico que puede justificar razonablemente su incansable actividad contra el Gobierno de su país?

—Yo soy un hombre que lucha por la libertad y por la democracia en mi país. Creo que el destino de un pueblo no pertenece a nadie más que a ese pueblo y es él quien libremente tiene que elegir el camino a seguir.

—Muy bien. Pero quiero conocer exactamente su ubicación ideológica en el cuadro político de uso mundial. Usted me entiende.

—Bueno, pues soy socialista y demócrata. No socialdemócrata, cuidado. Quiero decir que no pertenezco a ese partido. Ni a ese ni a ningún otro.

—Se dice que usted es comunista.

—¿Usted cree? Tal vez le convenga saber que todos los comunistas están contra mí; me llaman anticomunista. "L'Humanité" dice que soy un agente de la C. I. A. americana.

—¿No ha tenido usted algún tipo de contactos con otros movimientos revolucionarios similares al suyo?

—No, porque en todos los países donde me encuentro pretendo respetar sus leyes. Nada hago fuera de mi país que no esté permitido en la legislación de tal o cual país. De todas formas, lo que sí puedo decirle es que todos los movimientos revolucionarios del mundo que luchan por la libertad y el bienestar social de sus pueblos tienen mi absoluta simpatía.

Repito que mi actividad sólo se dirige hacia mi país; solamente Portugal es el objetivo de mi acción política.

—Al margen de sus creencias personales, díganos cuál es el programa político de su organización, de la L. U. A. R.

—En principio, debo decirle que la L. U. A. R. no es un partido político, porque eso nos debilitaría. Nosotros abogamos por un régimen que permita la libertad de todos los partidos. Pero nosotros no podemos tener un programa de partido. No somos partido, sino pueblo portugués.

—¿Usted cree que el pueblo portugués está preparado para asimilar un cambio como el que usted pretende?

—Mire: la gente del sur está más politizada y es más consciente de la necesidad de hacer una revolución; es mucho más consciente de la realidad política portuguesa porque la está sintiendo más en su propia carne...

—Entonces, ¿por qué escogieron ustedes Covilha, una ciudad del norte, para hacer su revuelta?

—Bueno, la escogimos por los motivos que ya he dicho y por otras razones que en estos momentos no puedo decir. Tampoco la policía esperaba que empezásemos por el norte. Fue lo que me dijo el jefe de la P. I. D. E. cuando me detuvieron.

—Hablando de la P. I. D. E. ¿No se alegra de que haya sido suprimida?

—No quiero decir nada de la disolución de la P. I. D. E. porque seguimos sin amnistía para los presos políticos y con la misma censura de hace cuarenta años.

Pregunto a Da Palma si no confía en el rumbo liberalizador del nuevo equipo gubernamental, y me responde con un no taxativo. Y respecto a Caetano:

—Caetano es un hombre que tiene que prometer algo, que tiene que decir algo. Pero nada puede hacer, pues de él no depende; es una cuestión de estructuras, no de personas. Yo creo que existe la necesidad popular del cambio. Hay mucha gente acobardada. Cerca de cuatrocientos mil portugueses han atravesado claudesantemente la frontera en los últimos años. Creo que es un dato bien revelador.

—¿Descarta usted un procedimiento democrático por el que su organización pudiera acceder al poder?

—No, porque las personas que están ahora no lo quieren. Nosotros sí lo queremos, pero ellos no lo permiten.

—¿Cuál es el pensamiento social de la L. U. A. R.?

—Pues el de repartir la riqueza. Por ejemplo, hay provincias

que viven aún en un régimen feudal, en las que trabajan grandes masas de gente, mientras que los propietarios van a Lisboa y a Estoril a gastarse el dinero. Esto no puede ser así mientras haya personas que viven miserablemente. Hay que hacer una auténtica reforma agraria conscientemente. La tierra no puede estar en pocas manos; entre otras cosas, porque de esa forma es menos productiva.

—¿Puede usted hablarme de los proyectos que abraza?

—Pues no, como es lógico. Sólo puedo decirle que la L. U. A. R. continuará luchando por sus objetivos y que nuestras acciones no tendrán otro marco que el de Portugal; nunca en un país extranjero. Cómo vamos a hacerlo, comprenda usted que no puedo decirlo.

—¿Cuáles son sus aficiones personales?

—Me gustan los deportes, sobre todo la gimnasia. En Carabanchel me levantaba todos los días a las seis de la mañana para hacer ejercicio. Dos horas de gimnasia y una de carrera. También me gusta la música, especialmente la clásica. Mis compositores favoritos son Beethoven, Brahms, Chopin y Mendelssohn. También me gusta la pintura. Y las flores. Puede parecer romántico, pero así es. Realmente yo soy una persona muy romántica, aunque eso pueda ser incompatible con la revolución.

—¿Qué piensa de la violencia?

—Odio la violencia. La tolerancia y la buena voluntad son virtudes que tienen que estar siempre presentes en las relaciones humanas. Por otra parte, creo que la violencia es un acto legítimo cuando es usada como único recurso por aquellos que se sienten oprimidos y sienten la necesidad de defenderse.

—¿Qué piensa usted de «Che» Guevara?

—Le considero un idealista muy noble que dedicó profundamente toda su vida a luchar por lo que él creía. Y eso es lo máximo que un hombre puede hacer.

—¿A quién admira usted?

—Admiro, por ejemplo, a Gandhi, un hombre que luchó sin violencia por sus ideales. Tengo pena de no ser como él, de no poder luchar como él, predicando el pacifismo y la no violencia. Sé, anticipadamente, que sería inútil porque los hombres de Portugal no aceptarían ese tipo de lucha.

—¿Qué personaje político o ideológico admira usted entre los que viven actualmente?

—Ninguno. Cuando el mundo está lleno de bombas atómicas y se pone en marcha la conquista

de la Luna se produce un espectáculo desolador. Yo siento, por eso, una gran tristeza y una gran desilusión dentro de mí. Y pienso, por tanto, que si tal cosa puede ser así es porque en el mundo actual no hay realmente hombres políticos capaces.

RESPECTO A LA RELIGION



—¿Es usted religioso?

—La religión es un derecho de la persona humana que pertenece a su intimidad. Por eso yo respeto las religiones, aunque yo no practique ninguna. Como tal derecho, también creo que debe ser defendida. Yo no puedo luchar contra una cosa que pertenece a la intimidad de la persona.

—¿Pero cree usted en Dios?

—Sí, creo en algo superior. Lo que pasa es que no lo entiendo y por eso no lo discuto.

Cambio de tema. Es difícil sustraerse a esa impresión de aventurero y de hombre audaz que Da Palma Inacio no deja de emitir durante toda la conversación.

—Oiga: ¿Cómo se fuga uno de una cárcel?

—Eso depende. No se puede decir, porque nunca se hace de la misma manera. Siempre es diferente. Lo único que hay que tener es una capacidad de reflejos a toda prueba y una gran capacidad de decidir sobre la marcha, porque nunca salen las cosas como uno piensa en un principio.

—Lo que yo creo es que un hombre como usted, que se siente continuamente amenazado y perseguido, debe ir siempre con el

alma en un puño. ¿No teme usted que el menor día le atrapen o le pase algo peor?

—Naturalmente, yo tengo organizado mi propio sistema de protección personal. Cuando me fui a Francia para comprar armas, después del asalto al banco, se organizó un comando para capturarme en París. Yo sabía perfectamente los detalles y la existencia de este comando con suficiente anterioridad. El caso es que luego regresé a Portugal, como usted sabe, y cuando me detuvieron en Lisboa, después del fracaso de Cavilha, el jefe de la policía política me dijo: "Menos mal que nos ha ahorrado usted el trabajo de irle a buscar a París". Hombre..., ¿qué voy a decirle. No es imposible que me ocurra un atentado, pero le aseguro que no será nada fácil.

—Señor Da Palma Inacio: Hay una cuestión que nos ha quedado pendiente. Quiero conocer su opinión concreta sobre la guerra colonial que desde hace tanto tiempo su país viene librando en Angola y Mozambique.

—Creo que el problema debe ser resuelto conforme a las determinaciones de la O. N. U. Realmente, por otro lado, me gustaría que las Naciones Unidas adquiriesen un prestigio y una fuerza tales que ellas, por sí mismas, pudieran asegurar la paz en todo el mundo.

—Como usted sabe, todos los años regresan de África contingentes de hasta cuatro mil soldados desmovilizados. ¿Nunca pensó su organización en utilizar a esos hombres, que son expertos en guerrillas y acostumbrados a jugarse la vida, para dar un golpe a escala nacional?

—Tenemos hombres en la L. U. A. R. que han desertado de la guerra colonial. La mayoría, es curioso, porque no quieren la guerra. Por esa misma razón, los que no desertan no quieren pegar más tiros. Pero, desde luego, reclusamos a todos los que podemos encuadrar.

Punto final a esta historia apasionante que no tiene nada que ver con la ficción. Ha estado frente a nosotros durante dos horas largas. Si sus actitudes son o no correctas es algo que nosotros no podemos determinar. Si hemos traído su voz a estas páginas ha sido, como siempre, con ánimo de ofrecer un testimonio de indiscutible interés periodístico. Da Palma Inacio se marchó a Roma. La última noticia que se tuvo de él procedía de Londres, donde permaneció unos días con sus familiares. Y luego volverá a perderse para aparecer repentinamente en uno de esos golpes de efecto que le caracterizan. ■
A. C. Fotos: RAUL CANCIO.

con impacto gris acero



Agua de tocador

Loción para antes y después del afeitado

Espuma para afeitar en aerosol

Loción capilar vitamínada

Barra desodorante

Jabón de lujo

Estuche de viaje

**decididamente
masculino**

ROYALE AMBREE

**BRUT
FOR MEN**

LEGRAIN
PARIS